

Biblioteca-Films

EL PEZ DORADO

Núm. 54

25

cénts.



CONSTANCE
TALMADGE



Año II

STORM, Jerome

Núm. 54

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Urgel, 40, 2.º, 2.ª

○
Teléfono 3028 - A
BARCELONA

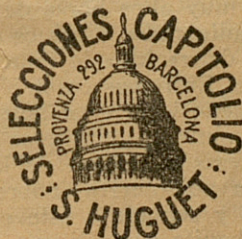
APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

The Goldfish, 1924

El Pez dorado

Delicada y finísima comedia que demuestra que solo en el matrimonio concertado por amor puede existir la felicidad verdadera



PERSONAJES

Juanita
Jaime Wetherby
Conde E. Newoski
German Kraus
Amelia Pugsley
Ignacio Power

INTÉRPRETES

Constance Talmadge ✓
Jack Muihall ✓
Edward Connelly ✓
Jean Hersolt ✓
Zazu Pitts ✓
William Conklin ✓

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

En los arrabales de Nueva York existe un conocidísimo lugar de diversión, Coney Island, en donde los menestrales y gente modesta, pasan, con el estipendio de pocos centavos, las tardes y noches de los sábados en agradable esparcimiento: columpios, montañas rusas toboganés, patinaje, etc., todo se pone en movimiento hasta muy altas horas de la noche. Y para los más adinerados y menos escrupulosos, existe dentro del recinto de Coney Island, un Café Cantante. Entremos en él.

En un pequeño local y en heterogénea promiscuación, hombres y mujeres sentados en misérrimas mesas se mofan de la ya famosa ley seca de la post-guerra. Sobre un tablado hay un piano y sentada a éste está una muchachita tan bonita como ligera. No hace hablar el piano pero en cambio, hace hablar a sus muchos admiradores sobre su simpatía y hermosura, de la que hubiera ganado el campeonato mundial, si hubiese entrado en concurso. Esta muchacha responde al nombre de Juanita.

A su lado, de pie, zapateando un baile inglés está Jaime Wetherby, esposo de Juanita, cantante y compositor, con ribetes de bailarín, a cuyo ingenio debíase una lacrimosa balada

que llevaba por título: *Yo la amaba; mas ella me dejó*, y que un editor ya había publicado.

Después del baile inglés, Juanita tocó la composición de su esposo que éste cantó con tal sentimiento y aire compungido, que hizo reír mucho a los asistentes; entre éstos había alguno que se fijaba más en Juanita que en el cantador, por lo que advertido éste, riñó a su cónyuge:

—Con tus miradas provocativas—le dijo—me quitas los admiradores y te llevas tú los aplausos.

Luego bajó hasta uno de los grupos sentado alrededor de una mesa y, dirigiéndose a uno de los asistentes:

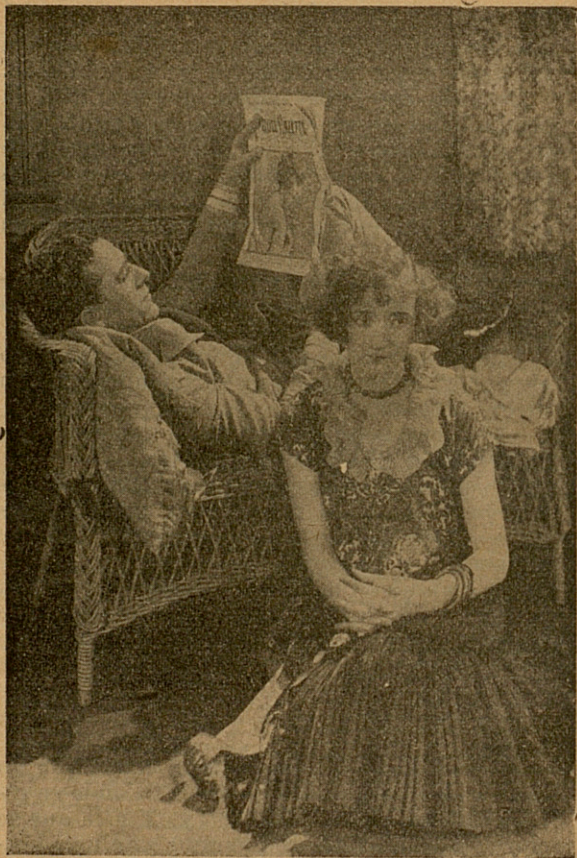
—Si vuelves—le dijo—a mirar con esos ojos de gancho a mi mujer, te los saco.

—Si no coqueteaba, Jaime—respondió el interpelado temiendo una réplica más contundente—, precisamente la miraba con ojos de altanería y de desdén.

Un empujón fué la contestación del celoso marido, quien hizo señas a su mujer de que le siguiera. Lo que aquélla hizo en el acto.

II

«Flor y nata» de los Hoteles llamaba a su casa la dueña de la de huéspedes donde se albergaban los esposos Wetherby. Y a fe que se equivocaba a sabiendas, porque era una hospedería de vigésima clase. Bien es verdad que el precio del hospedaje—un dollar diario, a to-



Los esposos Wetherby en la intimidad

do estar—andaba parejas con la calidad de la casa, que más lujo no permitía tan exigua pensión, en cuyo precio entraba la manutención, el lavado y la habitación.

Pasemos revista a los huéspedes, ahora que están reunidos en el comedor para el almuerzo, en la mesa redonda. Ocupa la cabecera de la mesa un noble de figura quijotesca y aristocrático porte, el Conde Estanislao Newoski, personaje de gran distinción que ha visto mucho y puede contar de todo... menos dinero, a juzgar por su ropa raída, aunque muy limpia y aliñada, y por su permanencia en aquella casa de pensión de tan barato acomodo. En una palabra, el Conde Estanislao Newoski, es un noble tronado, como vulgarmente se dice, y sólo le queda, de su alta alcurnia, el nombre y el prurito de distinción de que hace alarde y se vanagloria.

Completan la casa de pensión, además de Jaime Wetherby y su esposa Juanita, dos futuros galenos, más asiduos a las sesiones nocturnas de ciertos cabarets, que a las diurnas de la Facultad, con menoscabo de sus futuras víctimas; un provinciano, hortera de una tienda de comestibles, más tímido que un novicio de orden monástica, y un agente de orden público, bastante desordenado en su vida privada y en la puntualidad en el pago a la patrona.

En el momento en que los vemos todos sentados a la mesa de la casa de huéspedes, la patrona acaba de servirles una transparente chuleta acartonada, ante la cual uno de los es-

tudiantes pronuncia con tono patético esta cuarteta:

¡Oh, Creador, que del caos
sacaste a Adán y señora!,
¿por qué no dices ahora:
creced y multiplicaos?

Una carcajada, casi general, acogió esta graciosa salida del futuro galeno. La patrona, enfurruñada, echó una miradita al joven, como para anonadarle. El Conde Newoski, mirando con altanería al estudiante, se atrevió a decir con un tono sentencioso:

—Joven, la urbanidad es el arte del disimulo...

—¡Disimule usted, pues, señor conde!—replicó el de la cuarteta—¡y que le aproveche!

El Conde Newoski miraba con insistencia a Juanita y ésta lo observó. Terminada la comida todos fueron saliendo del comedor, menos la esposa de Wetherby y el noble arruinado. Alentado éste con la ausencia de Jaime, acercóse a la hermosa Juanita.

—Señora Wetherby, celebros hallarme solo con usted...

Juanita, por toda contestación, entornó los ojos con sonrisilla maligna y fuése a su habitación, probando al Conde que como conquistador... se quedaba solo.

III

Vamos a presentar a un nuevo personaje de esta novela. Frente por frente de la ventana de la habitación que los esposos Wetherby ocupaban en la casa de pensión descrita, tenía la de su despacho German Krauss, soltero cuarentón, administrador de la *Compañía de Calzado E. J.*, un hombre corpulento, que cifraba sus ideales de amor en casarse con una mujer casada, y se enamoró de la señora que tenía su ventana frente de la de su despacho, por donde contemplaba a Juanita a su placer. Esto le distraía más de lo conveniente en su trabajo administrativo hasta el punto de que el gerente de la compañía tuviese que amonestarle, en los últimos tiempos, con sobrada frecuencia. Pensando estaba Krauss en la sin igual belleza de su vecina de enfrente, y en espera de que ésta abriese la ventana, cuando penetró en su despacho Jaime Power, el gerente.

—¿Qué es esto, Krauss?... Se acordó pedir doce máquinas de ojetear y usted ha pedido ciento veinte.

—No es posible, señor Power.

—Aquí tiene la nota de pedido firmada por usted.

—Todo ha sido por culpa de un maldito cero... ¡Yo pierdo el juicio!... ¡Y es que estoy enamorado como un tonto!

—¿Enamorado?... ¿Y de quién?

—De una mujer que es un portento de hermosura y que me tiene trastornado.

—Pues cásele cuanto antes para evitar estas distracciones.

—El caso es, señor Power, que esa mujer está ya casada.

—Pues... no sé qué decirle.

Salió el gerente del despacho del administrador y éste quedó pensando: «¡Ah, qué mujer!... Le mandaré un ramo de claveles reventones y le escribiré otra carta.»

Varias eran las que Krauss había mandado a la vecina, quien parecía complacerse en excitar aun más a su enamorado galán presentándose delante de él en actitudes bastante excitantes.

Aquel día después de comer subió Juanita a su habitación y, como de costumbre, abrió su ventana de par en par, y vio que el vecino de enfrente, como siempre, se levantaba de su asiento y se asomaba con manifestaciones inequívocas de la admiración que sentía hacia ella, cosa que no desagradaba a la señora de Wetherby, aunque parecía lo contrario por su actitud, en apariencia recatada.

Necesitaba Germán Krauss atraerse a la vecina que le enloquecía y, mientras el dulce afán se plasmaba en realidades, se resignaba a acercarse su dulce imagen con los gemelos. Lo cual visto por Juanita, cerró su ventana, no sin antes echar una mirada de fuego al enamorado, como diciéndole: «¡Si supieras cuánto me gusta que me admiren!»

En aquel momento llamaron a la puerta del cuarto de Juanita y penetró en él una de sus amigas, antigua compañera de taller, llamada

Amelia Pugsley, bastante feíta, que arde en deseos de ser apresada por un hombre impetuoso; aunque hasta ahora no se ha visto aseada por ninguno.

—¡Mira, Amelia, qué hombre más importuno!—le dijo Juanita por todo saludo, levantando los visillos de la ventana.

—¡Ay!... ¡Qué suerte tienes! Tú te enfadas porque te buscan, y yo que lo deseo, no encuentro quien quiera jugar al escondite conmigo... ¡Así es el mundo!

—¿Quieres que los hombres te busquen?... Desprécialos a todos, o al menos muéstrate indiferente con ellos, es el gran cebo. Yo al mío lo tengo más domado que a un perro casero...

—¡Gracias!...—pronunció Jaime Wetherby entrando en la habitación.

—¿Tú por aquí, ya de vuelta?

—Sí, el maestro Wurtzer quiere ver mi composición...

—Mira, Amelia—dijo Juanita tomando de encima de la mesa la composición de su marido—, es de Jaime.

—¡Caramba!... ¡Qué título tan sugestivo! *Yo la amaba; pero ella me dejó*... Supongo que eso no reza por vosotros.

—Esta no me deja a mí—contestó Jaime— aunque se hunda el mundo.

—¿Sabes, Amelia, el convenio que hemos hecho con mi esposo?

—¿Qué convenio?

—El que primero quiera divorciarse traerá al otro una hermosa carpa dorada nadando en una pecera.

—¿Comprende usted?—añadió Jaime—. Ni malos tratos, ni injurias, ni denuestos. ¿Queremos separarnos?... Pues se presenta la peccera con *el pez dorado* y... listos: ¡ella por un lado y yo por el otro!

—Pues les deseo que por muchos años no piensen ustedes en separarse, ni en... los peces de colores.

—Gracias, querida, por ahora no hay nada que temer, nos queremos lo indecible.

Y los esposos Wetherby se abrazaban con manifestaciones inequívocas de afecto, mientras Amelia Pugsley suspiraba, deseando ella también hallar eco en el corazón de otro hombre.

Despidióse Amelia Pugsley «hasta luego», para dejar en dulce expansión a los enamorados esposos, y salió.

Jaime dijo a su esposa:

—Amada mía, yo también me tengo que ir.

—¿Tan pronto?

—Iré a repasar con Wurtzer, y probaré otra vez mi suerte en el canto.

—¡Adiós, pues!

Abrazáronse y Jaime salió. «No se ha ido—pensaba Juanita—. Me quiere tanto que siempre le sabe a poco la última caricia. Seguramente que se ha escondido detrás de la puerta para gozar de mi último abrazo.»

Y abriendo poco a poco la puerta, sacó su brazo sin mirar, palpó, y, en efecto, allí estaba tras de la puerta; enroscó su brazo al cuello de él y atrájole hasta dentro del cuarto de un tirón. ¡Oh!... no era Jaime... Hallóse Juanita

delante del Conde Estanislao Newoski. ¿Qué había sucedido?

Jaime salía de su habitación tarareando el aire de su composición: *Yo la amaba; pero ella me dejó*, mientras el citado Conde subía la escalera, pensando precisamente en la contingencia de hallar a la esposa de Jaime Wetherby. «Si yo supiese que está sola—pensaba—entraría en su habitación; pero...»

Y en aquel preciso momento salía Jaime del cuarto. Esperó un minuto, acercó su oído a la puerta y hallóse metido por la fuerza donde él deseaba entrar.

—¡Señora!...—fué su primera exclamación.

—¡Usted dirá, señor Conde!—formuló Juanita simulando gran seriedad; pero en realidad deseando echar una carcajada.

—Yo le agradezco la forma descortés como usted me ha introducido en su habitación.

—¿Qué se le ofrece, señor Conde?

—Pues ya que estoy delante de usted le voy a manifestar un pensamiento que hace días pugna por salir de mi boca.

—Ya le escucho... Siéntese usted.

—¡Muchas gracias!

—Usted ha nacido para más altos destinos. La fortuna está en su mano...

—No la veo—contestó Juanita mirándose las manos.

—Pues la tiene usted a su alcance, y yo estoy aquí para ayudar a usted a aprisionarla.

—Ya le escucho.

La señora Wetherby cruzó sus piernas con desenfado

—Yo, el Conde Newoski, enseñaré a usted maneras distinguidas, desenfado señorial, refinamientos de gran mundo.

—Pero usted, Conde, es de cuna elevada, de noble estirpe, mientras que yo...

—Usted se elevará también, o será la primera vez que yo errara en mis vaticinios. Subirá usted paso a paso, marido a marido, como por los peldaños de su destino.

—No le entiendo; si no se explica mejor...

—Usted es hermosa, una de las mujeres más hermosas que yo haya visto jamás.

—¡Gracias!... ¡Es favor!...

—No, no; sin adulación y con estricta justicia. Usted es hermosa.

—Bien; y ¿qué?

—Que no está destinada para vivir toda la vida con el patán de su marido, hombre grosero y sin educación...

Juanita tomó en su mano la composición de su esposo: *Yo la amaba; pero ella me dejó*, y un pensamiento de vanagloria cruzó su mente. Le pareció ver una carpa dorada coleteando dentro de una pecera. Sonrió y contestó:

—Estoy ya casada.

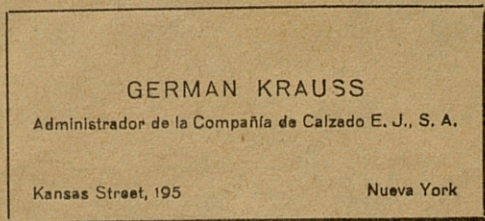
—Con el primer marido que podríamos llamar preliminar: es el primer peldaño.

—¿Y usted quiere ser el segundo?

—Nada de eso. Usted es de esa clase de mujeres para quien los hombres conquistan imperios. Tiene usted el deber de elevarse sobre su marido.

En aquel momento abrióse la puerta y penetró un ordenanza con un monumental ramo

de claveles reventones, siendo portador de una carta y esta tarjeta:



El Conde Newoski vió esta tarjeta.

—¿Ve usted, señora de Wetherby?... Este obsequioso señor Krauss sería un sensible adelanto en su carrera progresiva matrimonial; sería como el segundo peldaño.

—¿No le parece, señor conde, que este peldaño está tan alto que tendría que levantar demasiado la pierna?

—No lo crea usted, señora. Sería la corrección de su actual error.

—Si mi marido se entera de que le llama usted *error*, sus manos se enroscarían en su cuello de usted, y no para acariciarle precisamente.

—¡Piénselo, piénselo bien, señora, y cambie de marido!

Abrióse la puerta.

—¡Oh!...—clamó Juanita—. ¡Jaime!

—¿Qué busca aquí este tío baboso?—preguntó el señor Wetherby, clavando una mirada de odio al Conde, y otra de reprensión a su consorte.



—¿Qué busca aquí este tío baboso?

—Pregúntaselo a él!—contestó Juanita.
—¡Salga de aquí inmediatamente, si no quiere salir por el balcón!

—Con más cortesía...

—Déjese usted de músicas y váyase.

El Conde hizo un gesto de desprecio al señor Wetherby y salió pausadamente, no sin antes echarle una mirada de lástima. Jaime Wetherby cerró la puerta dando un portazo, volvióse airado contra su esposa y... abriéndose la puerta apareció en el marco la figura esbelta del Conde Newoski, quien con voz reposada y en tono de burla dijo solemnemente:

—Sepa usted, señor Wetherby, que he venido para aconsejar a su mujer que se deshaga de usted cuanto antes.

No aguardó el conde la contestación de Jaime, pues apenas pronunciadas estas palabras salió disparado.

—Y tú escuchabas tan embobada a ese conde rancio, a esa momia...—pronunció el señor Wetherby colérico.

—Yo escucho a quien me da la gana.

—Así me tratas, tú, por quien tanto he hecho. ¿De quién son estas flores?—Y al decir esto arrojó el ramo al suelo.

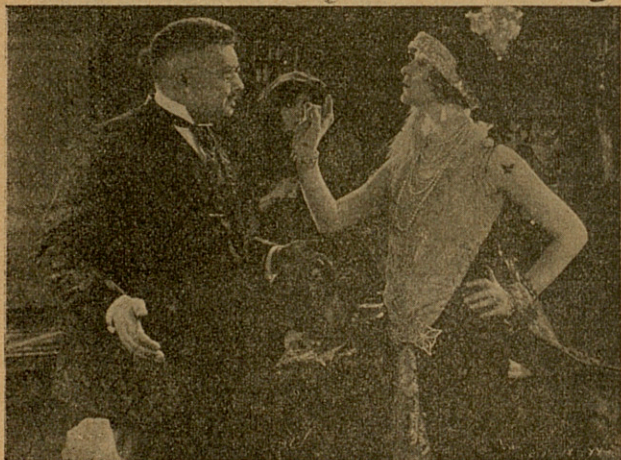
—Tú, un miserable, un pobre diablo, no puedes comprender que no estoy hecha para ser mujer de un don nadie como tú.

—¡Bien está!... ¡Adiós!...

Jaime salió de su habitación echando chispas de cólera, y Juanita se quedó tan fresca y sonriente pensando: «¿Quién sabe?... ¡Cuán-

tas hay que han subido de menos!... Además el Conde tiene razón; yo soy hermosa.

Se miró al espejo. Cogió el ramo de claveles y los olió, entrando en su alma, con aquel



—¿Y por qué no intentas hacer feliz a tu marido?... (pág. 24)

perfume, un deseo de bienestar y grandezas. Entonces se acordó de la carta que le habían traído con el ramo y la abrió. Era del señor Krauss que se le declaraba y le prometía una próxima visita. Aun estaba con la carta en las manos cuando penetró en su habitación el propio Krauss.

Con el rostro contraído por la timidez y trémulo de emoción, apenas se atrevió a balbucear:

—¡Señora!

—¿Qué desea usted?—demandó Juanita algún tanto severa en apariencia; pero, en realidad, satisfecha de aquella visita.

—Venía a recibir contestación a mi carta.

—Es usted demasiado atrevido.

—Señora, no puedo esperar más... Hace ya tanto tiempo que tengo un altar en mi corazón donde rindo adoración a su sin par hermosura...

—Pues viene usted a meterse en las garras del león... ¿Por qué no dedica usted su atención a una mujer soltera?

—¡Por Dios, señora, no puedo resistir más este fuego interno que me consume!... Usted tiene que casarse conmigo; doscientos cincuenta hombres dependen de esta decisión.

—¿Doscientos cincuenta?

—Ni uno menos. A causa de usted no hago nada a derechas y nuestro negocio va a la ruina; si hoy mismo no triunfan mis anhelos, hombres y niños morirán de hambre.

En aquel momento Juanita pensaba: «El Conde tenía razón... Yo podría subir como el humo...»

—Si usted se casa conmigo—continuó diciendo Krauss—, tendrá usted una casa regia, con un jardín frondoso a la orilla de un río... Tenga usted piedad de mí.

Juanita sonreía y Krauss interpretó aquella sonrisa como un asentimiento. Al verla tan

cerca creció en él la pasión volcánica que le consumía y quiso abrazarla.

—¿Qué hace usted?... ¡Sí que puede fiarse una de las apariencias!... Usted ha entrado aquí como un estudiante tímido y ahora resulta usted un sátiro... Si usted viene a tratar de un asunto tan serio como el matrimonio no debe sobrepasarse... Mi esposo me ha insultado sin razón ni motivo y puedo pedir el divorcio. Su proposición, si es seria, me la estudiaré y obraré en consecuencia.

—Usted me da la vida... Veremos a mi abogado y mi madre cuidará de usted hasta que nos casemos.

—Váyase, señor Krauss, que si viene mi marido le hará perder las ganas de casarse conmigo.

—Bueno, me voy—dijo Krauss cogiendo ambas manos de Juanita.

Llegó en quel mismo instante Amelia Pugsley, y al ver tan cogiditos a Juanita y a Krauss tosió para llamar la atención de su amiga.

—Entra, Amelia... Te presento a mi futuro.

—¿El señor...?

—El señor Krauss y yo acabamos de darnos palabra de matrimonio.

—Volveré dentro de media hora—dijo alegremente Krauss—con el taxi más grande que haya en la ciudad... ¡Hasta ahora!

Salió el señor Krauss disparado.

—Oye, Juanita—preguntó Amelia—, ¿sabes si el señor Krauss tiene amigos solteros?

—A ti te costará ahora encontrar marido, es decir, encontrar el primero; pero cuando

estés casada, los maridos te lloverán a granel, ya lo verás.

—Pues pregunta al señor Krauss a ver si tiene un amigo que quiera ser mi primer marido.

—Se lo diré; pero ahora me vas a hacer tú un favor.

—Mándame.

—Corre a la tienda donde venden pájaros y tráeme un pez dorado.

—¿Dorado?—preguntó extrañada Amelia—. ¡Si no le pones purpurina!...

—Una carpa de aquellas que parecen doradas; la traes en su correspondiente pecera.

—Voy a buscarla.

Salió Amelia en busca del pez dorado. Y al poco rato entró en la habitación Jaime Wetherby, llevando en la mano una pecera con una hermosa carpa.

—¿Qué es eso?—inquirió Juanita con aire de enfado al ver que su esposo se le había adelantado.

—Lo convenido: ¡un pez dorado!

—¿De modo que me das el pasaporte?... ¿Tú, un perfecto canalla, que no vales el pan que comes?

—Tú te lo has buscado.

Mientras se estaban denostando con un vocabulario muy poco cordial, llegó Amelia con la pecera que traía por encargo de Juanita. Esta la cogió y plantándola encima de la mesa dijo a su esposo:

—Ten, ese es el mío.

—¿Un pez dorado?... ¿Con que me echas

como un perro, tú, una muchacha por quien yo lo hice todo en el mundo? Por ti yo he bailado, por ti he cantando, por ti...

—No habías patealeado aún y quiero que lo hagas... Con que... ya lo sabes, ¡divorciados!

—Pero que conste que yo he sido el primero que he traído el pez.

—No, mientes, antes de que tú llegaras ya había mandado yo a mi amiga Amelia a comprar la carpa.

—¡Después que yo no vivía más que para hacerte feliz...!

—¡Feliz!... Desde que nos hemos casado sólo lo hemos sido unas... treinta y dos horas.

—¡Y eso por ti!

—¡No, por ti!

—¡Por tu coquetería!

—¡Por tu mal genio!

—¡Ingrata!

—¡Celoso!

—¡Bueno, basta ya, ahí tienes la pecera con la carpa!

—¿La carpa?... ¡Toma!

Y Juanita tomó la pecera y la arrojó al suelo, desahogando en el pez inofensivo su mal humor e indiferencia de que el esposo se hubiese adelantado en los proyectos de ruptura.

Jaime Wetherby al ver aquel desbordamiento de ira hizo un gesto de desprecio y huyó, temiendo que la cosa pasase a mayores.

Amelia había asistido a este cuadro y casi se le habían pasado las ganas de casarse. Juanita

se compuso, disponiéndose para cuando viniese el señor Krauss, quien no tardó en llegar alegre como unas pascuas.

—Dese prisa, por favor—dijo el señor Krauss con la respiración entrecortada, cansado por lo rápido como había subido las escaleras—. El taxi está abajo y el contador tiene trampa para estafar a los clientes.

—¡Vamos!... Amelia, ¿te gusta mi habitación?

—Mucho.

—Ya es tuya, te la dejo con marido y todo. ¡Adiós!

IV

Juanita se ha casado con Germán Krauss y, según el vaticinio del Conde Estanislao Niewoski, ha ascendido en rango social: el lujo, la comodidad y el bienestar material, juntamente con el cariño del hombre que ha deseado vivamente su posesión, la rodean, como al pez el agua, como al ave el aire. Pero el tiempo, incansable en su labor de enfriar entusiasmos, halla a Germán Krauss bastante desencantado del hogar que ha querido formar y de la vida matrimonial, pues la mujer con quien ha unido su suerte, nunca le ha amado y ahora sufre él las consecuencias de su desamor e indiferencia. Juanita pasaba la mayor parte del día contemplando su figurita en medio de su elegancia, de su riqueza, atusando a Robertito, un diminuto perro chino, y fumando cigarrillos egipcios.

Mientras está Juanita sentada en un diván con Robertito en la falda al que acaricia, en el marco de la puerta del salón, Krauss la contempla nervioso, mascando materialmente un habano, mientras cruzan por su mente un cúmulo de pensamientos de diversa índole: Tanto que yo la quiero y tan indiferente que se muestra conmigo; ya no sé qué hacer para conquistar su cariño; su indiferencia me consume; y ver que ese chucho, que tiene en sus brazos, infinitamente más feo que yo, recibe sus besos y caricias... ¡Qué daría yo por una fineza de las que prodiga al can!...

—Germán—dijo Juanita—, me molesta ese ruido asqueroso que haces chupando el cigarro. Ni que estuvieras comiendo ostras. ¡No seas...!—y aquí soltó Juanita el nombre de un animal inundo, cuyo nombre sólo pronunciamos con aprecio después de muerto.

Fuése el esposo maldiciendo el día en que se asomó a la ventana para contemplar la belleza de la mujer que le hacía tan infeliz.

Amelia Pugsley continuó visitando a su buena amiga la señora de Krauss. Acababa de llegar. El señor Krauss le preguntó:

—Señorita Pugsley, ¿aun continúa usted soltera?

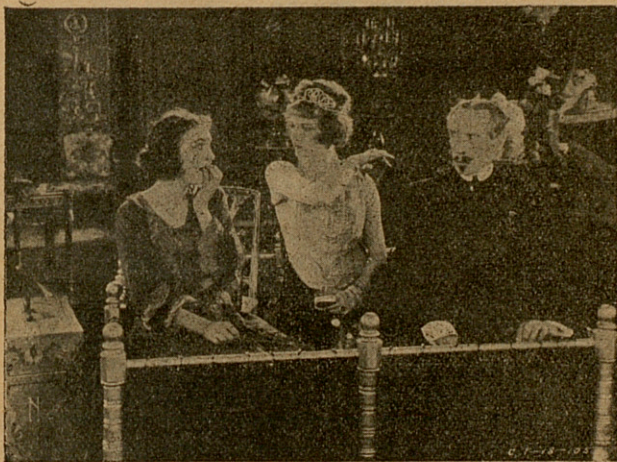
—Estuve a punto de casarme; pero mi novio, que era inventor, para probar la bondad de un explosivo descubierto por él voló en mil pedazos.

—¡Oh, qué conmoción!

—¡Terrible!... Se sintió hasta en la parroquia que perdió unos derechos de casamiento...

En esto llegó un criado:

—Señor Krauss, la señorita me ha dicho que Robertito no quiere ir a dormir sin usted.



—¿Conoce V. «Fausto», Señorita?

—No, Señor conde, hace tiempo que no tengo ningún amigo.
(pág. 26)

—Pero...—manifestó Amelia—, ¿han tenido ustedes un hijo y yo no lo sabía?

—¿Qué ha de ser un niño?... Robertito es un perro. ¡Casi nadie!... ¡El amo de la casa!

Acudió el esposo mártir al dormitorio del can, donde, en un lujoso moisés, Juanita mecía el perrito chino.

—Ya ves, Germán—dijole Juanita—. ¡Pobre

Robertito!... Con mis mimos y mis cuidados le hago feliz.

—¿Y por qué no intentas hacer feliz a tu marido?... Creo que lo merezco tanto, a lo menos, como ese chucho.

—No puedes tener queja. Todos los jueves por la noche rezo por ti... Oye, ya que dices quererme tanto, tienes que prestarme un servicio. Jaime Wetherby, mi primer esposo, está sin trabajo, lo he sabido por Amelia, y quiero que le des un empleo en la fábrica.

—Pero piensa en lo que me pides...

—Si tú no me lo obtienes lo pediré al señor Power.

—Bien, ya haré lo posible por tu antiguo marido.

Aquella tarde Juanita escribió a su primer esposo, Jaime Wetherby, para que la fuese a ver. Jaime acudió a la cita en un estado lamentabilísimo, con el traje hecho un remiendo y con los codos y rodillas al aire. Quedó admirado del lujo y comodidades de que disfrutaba Juanita, a quien dijo:

—No pareces la misma. Todos te tomarían por una gran señora.

—Y lo soy. Pero ya ves que en medio de mis comodidades y del gran lujo que me rodea no te he olvidado.

—Mucho he extrañado tu carta.

—Te he hecho venir porque te he conseguido un buen empleo.

—¿De veras?

—Sí, vas a ser el secretario del Director de

una fábrica de calzado en Detroit, de la cual mi esposo es administrador.

—Y ¿cómo te voy a pagar eso?

—Pues olvidando el disgusto que te di el día que te regalé el pez dorado.

—Pues... pelillos a la mar, y a ser buenos amigos... ¿Cuándo he de empezar?

—No te preocupes; ya te avisaré... He luchado más de una semana con Germán para que te colocase y ahora ya tengo palabra formal de que te admitirá; pero has de cambiar ese traje por otro sin agujeros, para poderte presentar más decentemente.

El señor Wetherby se despidió de su ex-esposa agradecidísimo.

.....
Juanita y su amiga Amelia Pugsley estaban ya vestidas para ir a la ópera, cuando se presentó el Conde Estanislao Newoski, a quien Juanita había tomado como a profesor de educación social, pocos días después de casada con Germán Krauss. Comprendía la señora de Krauss que su educación dejaba mucho que desear y se exponía a cada paso a hacer un ridículo en su nueva posición, y no titubeó en tomar como profesor de cortesanía y educación cívica al pulido conde que le aconsejara y predijera su encumbramiento. Llegaba el severo y tronado conde acompañado de un auxiliar que llevaba en su diestra un maletín de cuero.

Después que Juanita hubo presentado Amelia al Conde, éste preguntó:

—¿Qué ha estudiado usted, señora Krauss?

—Encontré aquello que usted me explicó

del psíquico-análisis un tanto fatigoso. Sin embargo, yo creo que la inconsciencia no es lo mismo que lo... la ...el..., bueno, que eso otro que usted dice...

—Veo que no comprendió usted mi lección. La inconsciencia para algunos tratadistas es dubitativa, para mí es indubitable, no es lo mismo.

—¡Claro que no!...

—Veo que ahora empieza usted a comprender.

En efecto, Juanita no comprendía una palabra; en cuanto a Amelia, parecíale estar oyendo hablar en Bengali.

—La lección de hoy—prosiguió el Conde—, será: *una noche en la ópera*.

El Conde hizo señas a su ayudante o auxiliar, quien sacó del maletín los accesorios con los que dispuso un palco, para que la lección fuese lo más práctica posible.

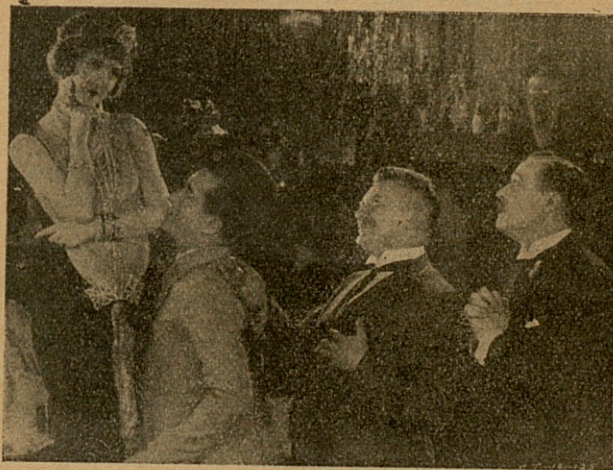
—Este es el palco que vamos a ocupar durante la representación de la ópera. Usted, señora Krauss, está sentada conmigo en el palco cuando su amiga... usted, señorita Amelia, haga usted como si llegase ahora... A ver, señora Krauss... ¿cómo la recibe usted?... No, no; muy mal. Sin apretar tanto... Ahora usted, señorita Amelia, se sienta aquí... ¿Conoce usted «Fausto», señorita?

—No, señor Conde—contestó la señorita Pugsley—, hace tiempo que no tengo ningún amigo.

—No, mujer—dijo Juanita—; quiere decir la ópera «Fausto».

—No, tampoco la conozco.

—Pues yo te la explicaré. Hubo una vez un perro viejo como Germán que vendió su alma al demonio y regaló unas perlas a una



Una idea atravesó la mente de Juanita.

muchacha llamada Margarita a quien engañó...

—¿Qué es esto?—preguntó el señor Krauss, entrando en el salón donde se había simulado aquel palco.

—Es mi profesor de civilidad, el conde Nowski.

—¡Ah!... ¡Vamos! Es usted el imbécil que

ha imbuído a mi señora, antes tan sencilla, esos humos de gran señora.

—Descuide, señor ya desisto de ello—contestó Newoski—; ¡qué formas tan inciviles e indoctas!

—¡Váyase usted de mi casa!

Salió Newoski después que su auxiliar hubo recogido el palco portátil y puéstolo en la maleta. Entonces el señor Krauss dijo a su señora:

—El señor Power, mi gerente, vendrá aquí a insultarte por haberme hecho aumentar los sueldos a los operarios.

En aquel momento llegó un criado que anunció:

—¡El señor Power!

—Yo no quiero verle; Juanita, tú te entenderás con él.

Salió Krauss y su esposa mandó al criado:

—Dile que entre.

Una idea atravesó la mente de Juanita. Estaba en el segundo peldaño de la escalera de la grandeza. Power era inmensamente más rico que Krauss y... era soltero. Se casaría con él. Tomó una posición interesante y aguardó.

Apenas Power estuvo ante la dama, con aire severo díjole:

—Señora, su marido es un idiota.

—Ante todo, señor Power, siéntese, me va a hacer el obsequio de admitir una taza de te y una copita de whisky.

Y tantas carantoñas hizo Juanita al señor Power y tan bien entornó los ojos y supo poner en ellos el fuego de una pasión ardiente, que

antes de abandonar la habitación había dicho a la señora, Power:

—Si algún día me caso será con una mujer del refinamiento y la cultura de usted. ¡Cómo envidio a su marido!...

—Pues yo gustosa aceptaría su nombre, porque Germán es un hombre demasiado vulgar para mí.

Días después Juanita decía a su amiga Amelia:

—Si te gusta esta casa te la cedo y también a mi marido. Mañana me caso con Ignacio Power.

Y efectivamente, Juanita fué la señora de Power.

V

Han pasado dos años. El tiempo que baraja sus naipes de días, meses y años y los reparte de nuevo entre los jugadores, hace que el que ayer ganó pierda hoy y así hasta la consumación de los siglos; y mientras transcurren los años, Juanita ha ido ascendiendo; según la predicción del Conde; pero su corazón sufre horriblemente.

Uno de los rotativos más importantes de Nueva York publicaba este suelto:

La viuda del fabricante Ignacio Power desea perpetuar el nombre de su difunto marido fundando un Colegio para los pobres.

Amelia, condenada a perpetua doncellez, se decidió por ser doncella de su amiga, quien

después de año y medio de viudez aun sueña en encumbrarse aún más.

Preténdela ahora el Duque de Middlesex, un hombre tan rico como tonto y presumido; y el prurito de llegar a las altas esteras empuja a Juanita a aquel cuarto matrimonio del que ya se empieza a hablar en los círculos aristocráticos y del que se ocupa cierta prensa.

Jaime se enteró de estos proyectos de boda y supo que días después debía celebrarse una reunión en casa de la condesa de Belmore a la que asistirían Juanita y el Duque, su prometido.

No se engañaba. La reunión tuvo efecto y el Duque de Middlesex se propuso aprovechar aquella reunión para anunciar a sus amistades, a las que había invitado, su próximo enlace matrimonial con la hermosa viuda.

Jaime Wetherby determinó también casarse y comunicarlo a su ex-esposa y buena amiga, y a este efecto se dirigió a casa de la señora Belmore.

Un ordenanza avisó a Juanita que alguien preguntaba por ella. Salíó al recibimiento.

—¿Tú, Jaime?

—He oído rumores de que vas a casarte con el Duque de Middlesex y he querido venir a anunciarte que yo también me caso.

—¿Tú?

—Sí, me caso.

—Pero ¿tienes ya hecha la elección?

—No, aun no; pero hay tantas mujeres buenas que esperan marido...

—Entonces ¿no tienes fe en el amor?

—Después de fallarme el tuyo, ya no espero amar a nadie más... Has huído de mí en pos de un efímero capricho de grandezas...

—Que me ha hecho sufrir muchos desengaños; era infinitamente más feliz contigo, en medio de nuestra indigencia, que ahora rodeada del boato y nadando en oro...

—Si eso es verdad, como colijo por tu acento, ¿por qué no volvemos a juntar nuestro destino?

—Razón te sobra, Jaime; el gran tesoro de la felicidad es el amor. Llévame a Detroit y enséñame a hacer zapatos.

—¡Juanita!

—¡Jaime mío!

—¡Vamos!

—¡Vamos!... Pero antes déjame escribir dos palabras a mi prometido.

Juanita tomó un papel y escribió antes de partir en compañía de Jaime Wetherby, este billete que puso al lado de una pecera que adornaba el vestíbulo:

Señor Duque: Sirvase conservar en su poder este pez dorado hasta que vuelva

Juanita.

FIN

¡ACONTECIMIENTO!

Próximo número, día 24 de marzo:
El emocionante drama pasional de
costumbres españolas titulado

LA GITANA BLANCA

por nuestra más insigne estrella
de la cinematografía y del cuplet

Raquel Meller

Postal: la más original y reciente fotografía
de esta incommensurable tonadillera.

— Precio: **25 céntimos** —

¡PRONTO! ¡PRONTO! ¡PRONTO!

Biblioteca Films ofrecerá en el
primer número de
una nueva publica- **más grandes films,**
ción, dedicada a los
la sugestiva novela de amor:

EL TEMPLO DE VENUS

creación de la bellísima artista americana

Mary Philbin

Cubierta a varias tintas - Literatura selecta
Artísticas fotografías

— Sólo costará **50 céntimos** —

Biblioteca

Films

es la deliciosa
publicación
preferida por
las bellas y los
inteligentes



LOS MEJORES
ARTISTAS

LOS MEJORES
FILMS

LA MEJOR
LITERATURA



Solicitamos corresponsales

Dirigirse a

Biblioteca Films

Urgel, 40, 2.º - BARCELONA